

## PRESENTACIÓN

Hace aproximadamente poco más de medio siglo que comenzaron a ver la luz las primeras investigaciones sobre uso lingüístico y estratificación social. Aunque en lo que respecta a la relación lengua-sociedad pueden encontrarse precedentes mucho antes (recuérdese el estudio publicado por Gauchat en 1905 sobre las diferencias generacionales en el dialecto suizo de Charmey, citado en Labov 1972/1991: 278), no será hasta la década de 1960 cuando se comienzan a asentar las bases teóricas y metodológicas de la Sociolingüística. Desde entonces, esta disciplina ha experimentado una extraordinaria vitalidad, hasta el punto de que hoy en día se ha transformado en una de las líneas de investigación más pujantes dentro de la Lingüística. Esto se debe, en gran medida, a la revisión que ha hecho la Sociolingüística de algunos mitos que habían quedado asentados en la teoría lingüística como consecuencia de las interpretaciones realizadas por otras disciplinas (fundamentalmente, por el estructuralismo y el generativismo). Uno de estos mitos consideraba que los usos lingüísticos son tan irregulares y variables que escapan al estudio científico del lenguaje, confundiendo, de este modo, *homogeneidad* y *regularidad*. Investigaciones llevadas a cabo en comunidades de todo tipo han revelado, por el contrario, que bajo la aparente variabilidad de la lengua hablada subyacen pautas organizativas regulares que pueden analizarse perfectamente con procedimientos científicos. Por ejemplo, en muchos dialectos hispánicos el fonema /s/ en posición final de palabra se articula, de modo variable, como sibilante, aspirado o elisión. Un análisis detallado de los contextos en que aparecen estas tres articulaciones revela que, con algunas excepciones, la articulación sibilante es más frecuente cuando la palabra siguiente empieza por vocal que cuando empieza por consonante, sobre todo cuando la vocal que sigue es tónica (como en *las aguas*); que la aspirada aparece sobre todo cuando la palabra siguiente empieza por consonante (como en *los libros*), mientras que la elisión se registra sobre todo en posición prepausal (como en *Trajo cuatro libros!*). Un segundo mito, estrechamente relacionado con el anterior (y fomentado sobre todo desde posiciones estructuralistas) proponía que la función principal de la lengua es la referencial o representativa (es decir, la transmisión de significados lingüísticos), mientras que el uso de la lengua con otros propósitos (por ejemplo, interpelar al oyente) no pasa de lo anecdótico, ya que los aspectos apelativo y expresivo i) no son muy frecuentes en las lenguas del mundo, y ii) no son sistemáticos. Esta es una de





las razones que llevó a Trubetzkoy (1939/1976: 13-24) a proponer que las funciones apelativa y expresiva de la lengua no podían ser abordadas por la teoría lingüística con el mismo rigor que los hechos relacionados con la función representativa, sino que encontrarían mejor cabida en una Lingüística estilística. La Sociolingüística, en cambio, ha situado estos factores en el centro mismo del análisis: los hablantes de una comunidad emplean los recursos de la lengua no solo como un vehículo para transmitir información referencial, sino también para manifestar determinados significados sociales (identificación o rechazo con respecto a un grupo social, a un interlocutor o a la propia comunidad; expresar estatus social o cultural; expresar poder o dominio, etc.). Un tercer mito mantenía que los cambios lingüísticos no podían ser percibidos en su desarrollo, sino una vez que se hubieran consumado. Frente a esta postura, la Sociolingüística ha puesto de relieve que el cambio lingüístico puede ser analizado con criterios científicos durante su evolución (Weinreich, Labov y Herzog 1968). De ese modo se pueden estudiar las posibles causas del cambio y la recepción que este tiene en los distintos grupos sociales de la comunidad, identificando cuáles son los grupos que lo impulsan y lo frenan. Con este procedimiento se puede observar que la visión lineal de los cambios que a menudo se aporta desde la Lingüística histórica (es decir, la idea de que una vez que el cambio se inicia se propaga más o menos regularmente a toda la comunidad) no se corresponde muchas veces con la realidad. La incorporación de las actitudes lingüísticas en la explicación de los procesos de variación y cambio ha permitido, además, poner en cuarentena la tesis de Martinet (1955/1974) de que los cambios lingüísticos no son sino el resultado de tensiones que se producen, en el nivel mental, entre las unidades que constituyen una estructura lingüística, ajenos, por tanto, a la intervención de los individuos.

Pero la Sociolingüística también ha realizado aportes interesantes en el terreno metodológico. Uno de los principales aportes ha sido cambiar el foco del objeto de estudio desde el idiolecto al sociolecto. En las concepciones estructuralista y generativista de la lengua bastaba con analizar a un solo individuo para obtener la gramática de la comunidad. El único requisito que se exigía es que dicho individuo no tuviera ningún tipo de patología que pudiera interferir en la organización mental de la lengua y/o en las producciones lingüísticas. En la Sociolingüística, en cambio, se trabaja con grupos de individuos que representen a los distintos colectivos sociales (hombres y mujeres; miembros de las clases alta, media y trabajadora; jóvenes, adultos y mayores, etc.). Esto no quiere decir que se haya dejado completamente de lado al individuo, ya que desde las primeras investigaciones de Labov (1966/1982, 1972/1991) se han realizado análisis individuales de informantes que tenían un comportamiento diferente del grupo al que pertenecían. Esta tendencia se mantiene actualmente en determinados investigadores como consecuencia de las críticas que se han hecho desde posiciones sociolingüísticas más constructivistas. En segundo lugar, se da preferencia al estudio de la lengua oral sobre la escrita, aunque la Sociolingüística histórica también se ha ocupado de analizar textos escritos. En tercer lugar, se han incorporado métodos estadísticos de análisis rigurosos, como los representados por los programas Varbrul y Goldvarb (específicamente diseñados para el estudio de la variación sociolingüística) o SPSS (un programa de uso más general en las ciencias sociales).

En la actualidad, son varias las corrientes teóricas que coexisten dentro de la Sociolingüística. Si el punto de referencia lo situamos en el peso que tienen cada uno de los dos componentes que aparecen en el rótulo de la disciplina (la lengua y la sociedad), puede decirse que unas tendencias están más orientadas hacia la variación lingüística (como ocurre con una gran parte de la Sociolingüística de orientación variacionista que se hace en este país), otras tendencias están más orientadas hacia la variación social (como la representada por la Sociolingüística de redes o los estudios sobre contextos de uso de las diferentes lenguas que alternan en una comunidad multilingüe), mientras que otras tratan de mantener un equilibrio entre ambas posiciones (el estudio de Labov sobre Martha's Vineyard es un buen ejemplo de esta postura; véase al respecto el capítulo 1 de *Sociolinguistic patterns*, Labov 1972/1991: 1-42). Si lo que tenemos en cuenta son los aspectos teóricos, puede afirmarse que hoy nos encontramos con dos modelos bien distintos: la Sociolingüística correlacional o estructural, que encuentra su justificación última en el realismo aristotélico, y la Sociolingüística interpretativa, anclada fundamentalmente en el idealismo kantiano. La primera parte de la idea de que la posición del grupo en la jerarquía social condiciona más o menos directamente el modo de hablar de los individuos de dicho grupo. Esta interpretación ha sido rechazada por algunos por su carácter mecánico, ya que, según sus detractores, supone aceptar que el individuo vive encapsulado en una realidad social determinada y que no tiene voluntad ni medios de salir de ella. Por otro lado, también supone defender que los significados sociales de las formas lingüísticas son estáticos (como cuando se afirma que las mujeres emplean más formas prestigiosas de habla que los hombres debido a que utilizan la lengua como un capital simbólico que compensa su falta de estatus social, o como cuando se defiende que las mujeres son lingüísticamente más corteses debido a su posición social subordinada). La Sociolingüística interpretativa, en cambio, se centra más en el individuo que en el grupo y niega un carácter fijo al significado social de las formas lingüísticas. Más bien, lo que se defiende desde esta posición es que los significados sociales se construyen y reconstruyen en el discurso debido a la negociación que mantienen los interlocutores durante las interacciones verbales. Aunque autores como Sokal y Bricmon (1998/1999) han rechazado la posibilidad de que (al menos en el campo de la Sociología) estas dos corrientes, tan teóricamente enfrentadas, pudieran llegar a un entendimiento, se están dando pasos en esa dirección (véase, por ejemplo, el excelente artículo de Schilling-Estes 2004 sobre construcción de la etnicidad a través del análisis del diálogo entre un afroamericano y un indio *lumbee* del Condado Robeson, en Carolina del Norte). No hay que olvidar a este respecto que algunos sociolingüistas de orientación estructural han tratado de relativizar la dependencia del individuo con respecto al grupo social al que pertenece a través del análisis de las actitudes sociolingüísticas. De este modo se ha podido comprobar que los individuos de una comunidad, conscientes de la existencia de diferentes modalidades sociales de habla y de distintas valoraciones hacia estas, pueden tomar decisiones respecto al propio grupo social y respecto a los demás grupos que pueden tener repercusiones en sus usos lingüísticos. De ese modo podemos encontrar a individuos que hablen como los demás miembros de su propio grupo social, pero también es fácil hallar individuos que tienden a hablar como otros grupos situados por encima o por debajo



en el espectro social, como demostró Labov (1966/1982) a propósito de la variación de (r) en Nueva York.

A pesar de todos los aportes que la Sociolingüística ha hecho a la teoría y a la metodología de la investigación lingüística, quedan todavía muchos aspectos en los que no se ha avanzado lo suficiente. Mencionaré solo algunos. En primer lugar está la cuestión de la variación sintáctica y la posibilidad de existencia o no de la sinonimia en la lengua, un debate que va más allá de la propia Sociolingüística. A mi juicio, a pesar de la cantidad de investigaciones tan importantes que se han hecho en las tres últimas décadas en este campo, las preguntas fundamentales planteadas por Lavandera (1984) no se han resuelto todavía de modo satisfactorio. Un segundo problema tiene que ver con la aceptación de la idea de que existe una sola gramática en una comunidad y que los diferentes grupos sociales la actualizan de diferente modo. En caso de que se registren diferencias importantes entre dos grupos sociales la explicación que normalmente se ha dado ha sido proponer que ambos grupos pertenecen a dos comunidades de habla. Sin embargo, podría plantearse también la idea de que en una comunidad existen diferentes gramáticas subyacentes, ya que parece que existen diferentes modos de significar desde el punto de vista social (una de las tesis planteadas por Lavandera). Un tercer y último problema que voy a mencionar es el mal uso de los programas estadísticos, sobre todo la incorrecta aplicación de los programas Varbrul y Goldvarb, una cuestión denunciada por diferentes investigadores (véase, por ejemplo, Sigley 2003).

Con sus luces y sus sombras (como ocurre con todas las disciplinas que estudian la lengua), la Sociolingüística continúa haciendo valiosos aportes a la teoría lingüística y sigue despertando interés académico en todo el mundo. Este interés se ve reflejado en aspectos como la incorporación de asignaturas sobre lengua y sociedad en muchos planes de estudios, la edición y reedición de libros sobre lengua y sociedad, el acercamiento a la disciplina desde otras áreas, como la Dialectología o el Análisis del discurso, etc. Consciente de esta realidad, la dirección de la *Revista de Filología de la Universidad de La Laguna* consideró oportuno reservar una parte de este número a artículos sobre Sociolingüística. Es justo, pues, que mi primer agradecimiento vaya destinado a la dirección de la revista tanto por la idea de incorporar esta sección como por ofrecerme la coordinación de la misma.

Los autores invitados, aun trabajando todos ellos en un tema común, la relación entre lengua y sociedad, abordan esta relación desde diferentes perspectivas, como puede comprobarse a través de la lectura de sus textos. Manuel Almeida, en el artículo «Convergencia léxica en una comunidad de habla urbana de Canarias», utiliza la Sociolingüística como un complemento de la Dialectología para explicar los cambios léxicos en una comunidad de habla canaria. Maitena Etxebarria analiza la evolución del euskera en las últimas décadas y la situación actual de esta lengua en «El proceso de revitalización de la lengua vasca. Análisis sociolingüístico». El artículo de Francisco García Marcos, «Sobre los límites del concepto de conflicto lingüístico. A propósito de Colombia a partir de la independencia», también analiza la situación de una comunidad multilingüe (Colombia), centrándose esta vez en el concepto de 'conflicto de lenguas'. La Geolingüística, una disciplina que incorpora los avances de la Dialectología y la Sociolingüística para dar cuenta de la difusión de los cambios lingüísticos, está representada por el artículo de Juan M. Hernández Campoy



«Los modelos de gravedad y la medición de la difusión del cambio lingüístico». El artículo de Juan A. Moya «Perdido. Resultados de la terminación *-ido* en el Corpus PRESEEA-Granada» analiza la variación lingüística y social de la alternancia *d/ø* en la capital granadina. Esteban San Juan, por su parte, considera la importancia de la red social como instrumento teórico en el análisis de la variación sociolingüística en «El marco interpretativo de la red social». Por último, Juan A. Villena, explica las diferencias teóricas y metodológicas más relevantes entre la Dialectología tradicional y la Sociolingüística, así como las distintas tendencias dentro de esta última, en «La investigación sociolingüística de la comunidad de habla: el origen inconformista de la dialectología social». Agradezco a estos autores que hayan aceptado la invitación a participar en este número y el esfuerzo realizado para cumplir con los plazos de entrega de sus trabajos. También agradezco a los evaluadores la atenta lectura de los artículos que se les enviaron para su valoración. En algunos casos, esta lectura ha servido para modificar sustancialmente la orientación teórica o metodológica de los trabajos aquí publicados.

Manuel ALMEIDA

## BIBLIOGRAFÍA

- GAUCHAT, Louis (1905): «L'unité phonétique dans le patois d'une commune», en *Aus Romanischen Sprachen und Literaturen: Festschrift Heinrich Mott*, Halle: Max Niemeyer, 175-232.
- LABOV, William (1966/1982): *The social stratification of English in New York City*, Washington: Center for Applied Linguistics.
- (1972/1991): *Sociolinguistic patterns*, Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- LAVANDERA, Beatriz (1984): *Variación y significado*, Buenos Aires: Hachette.
- MARTINET, André (1955/1974): *Economía de los cambios fonéticos*, Madrid: Gredos.
- SCHILLING-ESTES, Natalie (2004): «Constructing ethnicity», *Journal of Sociolinguistics* 8: 163-195.
- SIGLEY, Robert (2003): «The importance of interaction effects», *Language Variation and Change* 15: 227-253.
- SOKAL, Alan y Jean BRICMONT (1998/ 1999): «*Intermezzo*: el relativismo epistémico en la filosofía de la ciencia», en *Imposturas intelectuales*, Barcelona: Paidós, 63-112.
- TRUBETZKOY, N.S. (1939/1976): *Principios de Fonología*, Madrid: Cincel.
- WEINREICH, Uriel, William LABOV y Marvin I. HERZOG (1968) «Empirical foundations for a theory of language change», en W.P. Lehmann y Y. Malkiel (eds.), *Directions for historical Linguistics*, Austin: University of Texas, 95-195.

